

REVISTA DE OBREROS DE LA PAZ, MARZO 1987

CRITICA DE LIBROS

ANDARES DESORDENADOS DE FLOR MARÍA ANINAT (Graficom, Santiago. 1987).

SERGIO CARRASCO D.

Flor María Aninat es una notable escritora, nacida en Concepción, pedagoga en inglés de la universidad penquista, residente por dieciséis años en Ninhue (provincia de Ñuble) y actualmente radicada en Santiago.

Ha publicado dos obras principales.

Una, *Coroney* (1984), extraordinaria síntesis sobre la vida en el histórico predio agrícola situado en las solitarias serranías de Itata y sobre las circunstancias de la reforma agraria, obra premiada con el primer lugar en el concurso "Juegos Literarios Gabriela Mistral", organizado por la Municipalidad de Santiago, agotados sus ejemplares y que requiere una segunda y pronta edición. Pertenece al género de obras perdurables:

La segunda tiene por título el de *Andares desordenados* (1987) y contiene quince historias que son, en general, resultado de una fina observación de personajes y conductas. "Música para un pueblo", "Favor, esquina pare", "Un tratado de paz", "Rapsodia en Re", "Cumpleaños feliz", "Palomas", "Aguantando el llanto", "A través de la ventana", "Fragmentos de un todo", "Necesito un trago", "Al principio, ahora mañana", "Elisa llena de espíritus, Trilogía: Un cuento para tu cuento, La casa vieja. La brujas blancas", "El río", "El piso de abajo", "La Cruz", son los títulos de estos quince andares.

Las historias mencionadas son, por diferentes razones, todas de interés y se leen pronto, buscando el desenlace o la explicación que entrega el conjunto del texto. Pero, más allá de la trama de cada uno de estos cuentos, se aprecia en la autora una notable capacidad de síntesis, gran fuerza interior que parece unida a una suerte de melancolía que está en todos los relatos, una sensibilidad a flor de piel y, en algunos, un innegable entronque campesino. No exclusivo, pues también hay vivencias puramente urbanas. Tal vez en "Rapsodia en Re" (págs. 25-29), donde la pobreza y la sencillez aparecen en su real dimensión, en "A través de la ventana" (págs. 55-59), de la cual son espectadoras iniciales dos solitarias hermanas, en la Trilogía de cuentos (págs. 81-93) y en "La Cruz" (págs. 109-113), donde está el espíritu religioso, se reflejan los aspectos más atractivos de esta obra.

Algunas frases, espigadas del texto, pueden contribuir a explicar lo señalado: "Su vida entera había sido un silencio" (pág. 43); "... a mi rancha, a la vieja con su olor a humo" (pág. 43), "No sé si cerraré la ventana o seguiré mirando, imaginando el momento en que yo pase ante ella que entonces también estará fría y solitaria, sin un espectador que pueda dar a ese ser la novela que no tuvo" (pág. 59), "Es un río lleno de leyendas" (pág. 97), "Sus viejos ojos se habían ido quedando sin uso ante la oscuridad constante que la había rodeado por años" (pág. 103), "Parecía que las palabras golpearan las murallas que no devolvían el eco por su falta de importancia" (pág. 105), "La pieza se estrecha, la afición por las antigüedades me

hizo llenarla en otro tiempo” (pág. 111) y “A nadie le interesa un Cristo sin Cruz. Me siento a su lado para recordar y arrepentirme. Tengo que encontrar una Cruz para el Cristo, quiero que comprenda mi agonía. Al fin la encuentro. Está allí hecha para mí y para El” (pág. 113).

Expresión sus libros de gran talento, la autora penquista Flor María Aninat parece tener la obligación bíblica (Mt. 14-30) de proseguir la publicación de sus obras.

ORBITA DE NICANOR PARRA DE MARIO RODRÍGUEZ
(Santiago. Ediciones Universidad de Concepción.
Cuadernos del Bío-Bío, 1996), 92 pp.

MARCELO CODDOU
Drew University

El lector ingenuo que siga creyendo que la aparente sencillez de la antipoesía es signo de su falta de complejidad interna (complejidad en todo: en sus fundamentos, en los proyectos que la movilizan, en la naturaleza de su lenguaje, en los niveles composicionales), va a encontrar el más rotundo desmentido en este estudio de Mario Rodríguez. Y ese lector que estamos imaginando sí podrá *acceder* al trabajo del profesor penquista, pues éste constituye el sexto volumen de una colección destinada “al gran público”, lo que implica accesibilidad de doble cuño: un bajo costo relativo y un lenguaje crítico que, sin dejar nunca de ser riguroso, no se encariña en su propia terminología y conceptualización o, cuando lo hace, tiene buen cuidado de recuperar la necesaria legibilidad.

Escrito es éste que ofrece como nota sobresaliente la de su utilidad: constituye introducción lograda a la *órbita* del antipoeta de *Canciones rusas*. Obra de un conocedor a fondo de Parra –Rodríguez es coautor, con Hugo Montes, del primer libro sobre el poeta ñublense, en el ya lejano 1970–, y que se estructura en cuatro partes: el *estudio* mismo; una escueta *cronología*; una *bibliografía* de artículos selectos y de libros sobre Parra (incluye el no desdeñable número de 13 títulos dedicados exclusivamente a Parra); y una *antología* ordenada por temas, breve pero suficiente para los fines perseguidos.

El análisis cubre las diversas formas asumidas por la expresión poética parriana: el antipoema propiamente tal, el artefacto, el chiste y el ecopoema. Su perspectiva es variada: va desde el reconocimiento de lo que significara la antipoesía como ruptura frente a la institucionalidad literaria (que el ensayista estima acontecimiento homólogo al de Darío a fines del XIX), hasta la caracterización de los rasgos más resaltantes de su lenguaje: imagen desacralizada del sujeto poético, incorporación de la oralidad, el libro concebido ya no necesaria y exclusivamente como artefacto verbal lineal y cerrado, etc. Subrayando la excentricidad del antipoeta, atiende con especial cuidado a los tipos de *giros* que se reiteran en su obra, en terminología del crítico: el del *tabú*, el de la *lengua extranjera*, y el del *espíritu socrático* (este último considerado desde la revisión de “El discurso de Guadalajara”, pronunciado por Parra al obtener, en 1991, el premio “Juan Rulfo”).